

CAPÍTULO XXVIII

Continuación de las negociaciones de Basilea. — Tratado de paz con Holanda. — Condiciones de este tratado. — Otro tratado de paz con Prusia. — Política de Austria y de los demás Estados del Imperio. — Paz con Toscana. — Negociaciones con la Vendée y Breñaña. — Sumisión de Charette y otros jefes. — Stofflet continúa la guerra. — Política de Hoche para la pacificación del Oeste. — Intrigas de los agentes realistas. — Paz simulada de los jefes insurgentes en Breñaña. — Primera pacificación de la Vendée. — Estado del Austria y de Inglaterra. — Planes de Pitt. — Discusión del Parlamento inglés. — Preparativos de la coalición para una nueva campaña.

Durante estos tristes acontecimientos, las negociaciones comenzadas en Basilea se habían interrumpido un momento por la muerte del barón de Goltz. Al punto circularon las más desagradables noticias. Un día se decía: las potencias no tratarán jamás con una república amenazada de continuo por las facciones y la dejarán perecer en las convulsiones de la anarquía, sin combatirla ni reconocerla. Otro día pretendíase todo lo contrario: la paz, decían, está ya asegurada con España: las armas francesas no irán más lejos; se trata con Inglaterra y Rusia, aunque á expensas de Suecia y de Dinamarca, que serán sacrificadas á la ambición de Pitt y de Catalina y recompensadas también por su amistad á Francia.

Ya vemos que la malevolencia, diversa en estos asertos, imaginaba siempre lo contrario de lo que convenía á la república; suponía rompimientos donde se deseaba la paz, y la paz donde se apetecían victorias. Otra vez, en fin, trató de hacer creer que toda paz era para siempre imposible, y que sobre este punto había una protesta depositada en el comité de salvación pública por la mayoría de los individuos de la Convención. Una nueva salida de Duhem había dado lugar á este rumor: aseguraba que era una necedad tratar con una sola potencia, y que no se debía otorgar la paz á ninguna mientras no vinieran á pedirla todas juntas. Había dejado una nota sobre este punto en el comité de salvación pública, y esto es lo que hizo suponer la existencia de una protesta.

Los patriotas, por su parte, propalaban rumores no menos enojosos: decían que Prusia retardaba las negociaciones con el objeto de que se comprendiese á Holanda en un tratado común con ella, para conservarla así bajo su influencia y salvar el estatuderato. Quejábase de que fuera tanto tiempo incierta la suerte de esta república; de que los franceses no disfrutaban de ninguna de las ventajas de la conquista; de que los asignados no se recibieran sino por la mitad de su valor, y sólo los que daban las tropas; de que los negociantes holandeses habían escrito á los belgas y franceses, manifestándoles que estaban dispuestos á emprender negocios, pero con la condición de ser pagados de antemano en metálico; y por último, de que los holandeses hubieran dejado marchar al estatúder llevándose todo cuanto quiso, y enviando á Londres ó transportando en

buques de la Compañía de las Indias una parte de sus riquezas.

Habíanse suscitado, en efecto, muchas dificultades en Holanda, bien á causa de las condiciones de la paz, ó ya por la exaltación del partido patriota. El comité de salvación pública envió á dos de sus individuos, capaces por su prestigio de resolver todas las diferencias; y en interés de las negociaciones pidió á la Convención la facultad de no designar su nombre ni el objeto de su misión. La Asamblea consintió y marcharon en el acto.

Era natural que tan grandes acontecimientos y altos intereses excitasen esperanzas, temores y opiniones contrarias. Mas á pesar de todos los rumores las conferencias continuaron con éxito; el conde de Hardenberg había reemplazado en Basilea al barón de Goltz, é iban á fijarse las condiciones por una y otra parte.

Apenas entabladas aquellas negociaciones, la exigencia misma de las circunstancias impuso cierta modificación en las facultades del comité de salvación pública. Un gobierno sin reserva, al que no fuese dado ocultar ni decir nada por sí mismo, ni hacer cosa alguna sin deliberación pública, no podría negociar tratados con ninguna potencia, por franca que fuese. Para tratar deben firmarse suspensiones de armas, neutralizar territorios; y es preciso ante todo el secreto, porque una potencia negocia á veces largo tiempo antes de que le convenga confesarlo. Además, hay frecuentemente artículos que deben ignorarse, pues si una potencia, por ejemplo, promete agregar sus fuerzas á las de otra; si estipula la reunión de un ejército ó de una escuadra, ó bien otro concurso cualquiera de medios, el secreto es de la mayor importancia. Y el comité de salvación pública, renovado por cuartas partes cada mes, obligado á dar cuenta de sus actos y careciendo del vigor y resolución del antiguo, que sabía tomarlo todo á su cargo, ¿cómo hubiera podido negociar con potencias que se avergonzaban de sus faltas, confesando penosamente su derrota, y que por precisión debían dejar condiciones ocultas ó no publicar su transacción hasta que estuviese firmada? La precisión que tuvo de enviar dos de sus individuos á Holanda, sin que se supiera su nombre ni su comisión, ofrecía la primera prueba de lo necesario que es el secreto en operaciones diplomáticas. Presentó por consiguiente un decreto que le concedía los poderes

indispensables para negociar, y que fué causa de nuevos rumores.

Curioso espectáculo es para la teoría de los gobiernos una democracia que sabe vencer su indiscreta curiosidad y desconfianza respecto al poder, y subyugada por la necesidad concede á alguno de sus individuos el derecho de estipular hasta condiciones secretas. Esto es lo que hizo la Convención Nacional. Confió al comité de salvación pública facultades para estipular armisticios, neutralizar territorios, celebrar tratados, fijar sus condiciones, redactarlas y aun firmarlas; y sólo se reservó lo que verdaderamente le pertenecía, es decir, la ratificación. Hizo más: autorizó al comité para firmar artículos secretos, con la condición de no incluir en éstos nada que derogase los públicos y de darlos á luz así que ya no existiese el interés de guardar secreto. Provisto de estos poderes, el comité prosiguió y llevó á cabo las negociaciones comenzadas con diferentes potencias.

Por último, se firmó la paz con Holanda bajo la influencia de Rewbell y especialmente de Sieyes, que eran los dos individuos del comité últimamente enviados á Holanda. Los patriotas holandeses hicieron una brillante acogida al célebre autor de la primera declaración de los derechos, dispensándole una deferencia que puso término á muchas dificultades. Las condiciones de la paz firmada en el Haya el 27 floreal del año III (16 de mayo) fueron las siguientes: La república francesa reconocía la de las Provincias unidas como potencia libre y garantizando su independencia y la abolición del estatuderato. Que entre ambas habría alianza ofensiva y defensiva mientras durase la guerra actual; alianza que debía ser perpetua entre ambas repúblicas en todos los casos de guerra contra Inglaterra. Las Provincias unidas pondrían por lo pronto á disposición de la Francia doce navíos de línea y diez y ocho fragatas que se emplearían principalmente en los mares de Alemania, del Norte y del Báltico, y además cederían como auxiliar la mitad de su ejército de tierra, á la verdad reducido casi á nada y que debía reorganizarse completamente.

En cuanto á las demarcaciones del territorio, se fijaron así: Francia conservaba toda la Flandes holandesa, de modo que completaba su territorio por la parte del mar, extendiéndole hasta las desembocaduras de los ríos; por el lado del Mosa y del Rhin tenía la posesión de Venlloo y Maestricht y todos los países comprendidos al mediodía de Venlloo por uno y otro lado del Mosa. La república renunciaba así en este punto á prolongarse hasta el Rhin, lo cual era muy razonable. En efecto, el Rhin, el Mosa y el Escalda se confunden por esta parte de modo que no aparecen límites claros. ¿Cuál de estos brazos debe considerarse como el Rhin? Se ignora y todo es convencional respecto á esto. Además, por este punto no amenaza más hostilidad á la Francia que la de Holanda, hostilidad poco temible, que no exige la protección de un fuerte límite. Finalmente, el territorio indicado á la Holanda por la Naturaleza, como que consistía en terrenos de aluviones llevados á la embocadura de los ríos, hubiera sido preciso que la Francia, para extenderse á una de las principales corrientes de agua, se hubiese apoderado á lo menos de las tres cuartas partes de aquellos terrenos y reducido á casi nada la república que acababa de emancipar.

El Rhin no sirve de límite á la Francia por la parte de la Alemania hasta las cercanías de Wessel, y la posesión de las dos orillas del Mosa al Sur de Venlloo dejaba esta cuestión intacta. Además se reservaba la república francesa la facultad, en caso de guerra por parte del Rhin ó de Zelandia, de poner guarniciones en las plazas de Grave, Bois-le-Duc y Berg-op-Zoom. El puerto de Flesinga quedaba común. De este modo se adoptaban todas las precauciones. La navegación del Rhin, del Mosa, del Escalda, del Hondt y de todos sus brazos quedaba declarada libre para siempre. Además de esas ventajas, pagaba la Holanda una indemnización de cien millones de florines, y para compensar á ésta sus sacrificios le prometía la Francia, cuando se hiciese la pacificación general, indemnizaciones de territorio adquirido en los países conquistados, y en el sitio más conveniente á la demarcación de los recíprocos límites.

Eran muy razonables las bases de este tratado y el vencedor se mostraba en ellas tan generoso como hábil. En vano se ha dicho que, al incorporar los intereses de Holanda á los de la Francia, aquélla se exponía á perder la mitad de su escuadra detenida en los puertos de Inglaterra, y especialmente sus colonias, entregadas sin defensa á la ambición de Pitt. La Holanda, manteniéndose neutral, ni hubiera recobrado sus navíos ni conservado sus colonias, y Pitt hubiera hallado pretexto para apoderarse de ellas por cuenta del estatúder. Sólo la conservación de éste, sin salvar de un modo cierto los navíos ni las colonias holandesas, hubiera quitado al menos todo pretexto á la ambición inglesa; pero ¿era posible, ni aun compatible con los principios políticos de la Francia, con las promesas hechas á los patriotas bátavos, con el espíritu que les animaba y con las esperanzas que habían concebido abriéndonos sus puertas, conservar el estatuderato?

De mucho más fácil arreglo eran las condiciones con la Prusia, porque acababa de encerrarse á Bischoffwéder, y el rey de Prusia, emancipado ya de los místicos, había concebido una ambición enteramente nueva. Ya no hablaba de salvar los principios del orden general, sino que anhelaba ser el mediador para la pacificación universal. El tratado con él se firmó en Basilea el 16 germinal (5 de abril de 1795). Por de pronto se convino en que habría paz, amistad y buena inteligencia entre S. M. el rey de Prusia y la república francesa; que las tropas de esta última abandonarían la parte de los Estados prusianos que ocupaban en la orilla derecha del Rhin; que continuarían ocupando las provincias de Prusia situadas en la orilla izquierda, cuya definitiva suerte no se fijaría hasta la pacificación general. Era evidente, según esta última condición, que sin explicarse más positivamente, la república quería darse por límites el Rhin; pero hasta nuevas victorias contra los ejércitos del Imperio y contra el Austria no convenía dar solución á las dificultades que debía producir esta determinación importante. Entonces sólo podría ó despojar á los unos ó indemnizar á los otros. La república francesa se veía obligada á aceptar la mediación del rey de Prusia para reconciliarse con los príncipes y Estados del Imperio germánico, y aun se comprometía por tres meses á no tratar como enemigos á los príncipes de la orilla derecha, en cuyo favor se interesase S. M. el rey de Prusia; lo cual era el único medio se-

guro de que todo el imperio pidiese la paz por la mediación del rey.

Efectivamente, no bien estuvo firmado aquel decreto, cuando el gabinete de Berlín hizo anunciar solemnemente al Imperio su resolución y los motivos que la habían producido. Declaró á la dieta que ofrecía sus buenos oficios al Imperio si éste deseaba la paz, y si la mayoría de los Estados lo rehusaba, á aquellos que se obligasen á tratar aisladamente para su seguridad personal. El Austria hizo por su parte reflexiones muy duras á la dieta, diciéndole que deseaba la paz tanto como nadie, pero que la creía imposible; que aprovecharía la ocasión oportuna para tratar de ella, y que los Estados del Imperio hallarían mucho más ventajoso confiarse á la antigua fe austriaca que á unas potencias que habían quebrantado todas sus palabras. La dieta, para manifestar que se preparaba á la guerra, aunque pedía la paz, decretó para la próxima campaña el quintuplo contingente, y estipuló que los Estados que no pudiesen dar soldados quedarían exentos de hacerlo, aportando doscientos cuarenta florines por hombre. Al mismo tiempo decidió que el Austria, que acababa de unirse con Inglaterra para la continuación de la guerra, no podía mediar para la paz, y resolvió confiar este oficio á la Prusia. Sólo, pues, faltaba determinar la forma y nombramiento de la diputación.

A pesar de tan vivo anhelo para negociar la paz, el Imperio no podía adelantar nada con exigencias generales, porque debía pedir para sus individuos, privados de sus Estados, restituciones que la Francia no hubiera podido hacer sin renunciar á la línea del Rin; mas era evidente que, en la imposibilidad de tratar reunidos, cada príncipe se entregaría á la Prusia y haría por su medio su pacto particular.

De esta manera principiaba la república á desarmar á sus enemigos y obligarlos á la paz. Resueltos á la guerra sólo estaban los que habían experimentado grandes quebrantos y no esperaban recobrar con negociaciones lo que acababan de perder por las armas. Talés debían ser los designios de los príncipes de la orilla izquierda, despojados de sus Estados; del Austria, privada de los Países Bajos, y del Piamonte, que se hallaba sin la Saboya y Niza. Los que por el contrario habían tenido el acierto de guardar neutralidad, celebraban cada día más su prudencia y los beneficios que les había reportado. La Suiza y la Dinamarca iban á enviar embajadores á la Convención. La Suiza, que era el emporio del comercio continental, persistía en sus cuerdas intenciones, y decía por medio de Mr. Ochs al enviado Barthelemy estas hermosas palabras: «La Francia necesita una Suiza, y la Suiza una Francia. Efectivamente, casi no puede dudarse que sin la confederación helvética no se hubieran agregado á la dominación francesa los restos de los antiguos reinos de Lorena, Borgoña y Arlés, y es difícil creer que sin la poderosa intervención de la Francia se hubiera logrado sofocar en su cuna la libertad helvética.» En todo caso la neutralidad de la Suiza acababa de hacer un eminente servicio á la Francia, contribuyendo á salvarla. Otros pensamientos sublimes añadía Mr. Ochs. «Ya llegará tiempo, decía, en que se admiren estos sentimientos de justicia natural que, haciéndonos aborrecer todo influjo extranjero en la elección de las formas de nuestro gobierno, nos prohibían

por lo mismo erigirnos en jueces del régimen de administración pública que nuestros vecinos elegían. Nuestros padres no censuraron ni á los grandes feudatarios del imperio germánico por haber humillado el poder imperial, ni á la autoridad real de Francia por haber oprimido á los grandes feudatarios. Vieron sucesivamente representar los estados generales la nación francesa, apoderarse del gobierno absoluto á Richelieu y Mazarín, ejercer por sí todo el poder de la nación Luis XIV, y los parlamentos, en nombre del pueblo, desear tener parte en la autoridad pública; pero jamás se les oyó con una voz temeraria apropiarse el derecho de volver al gobierno francés á tal ó cual período de su historia. Su deseo fué la felicidad de la Francia, su esperanza la unidad, y la integridad de su territorio el apoyo con que contaban.»

Estos principios, tan elevados como exactos, eran la severa crítica de la política de Europa, y los resultados que obtenía la Suiza eran una admirable prueba de su sabia previsión. Austria, envidiosa de su comercio, quería entorpecerle con un cordón, pero Suiza hizo reclamaciones á Wurtemberg y á los Estados vecinos y obtuvo justicia.

También las potencias italianas deseaban la paz, á lo menos aquellas cuyas imprudencias podían exponerlas un día á enojosos resultados. El Piamonte, aunque exhausto, había perdido demasiado para pensar en recurrir de nuevo á las armas; pero Toscana, obligada á pesar suyo á salir de la neutralidad, por el embajador inglés que amenazándola sólo con una escuadra la había dado doce horas para decidirse, mostraba impaciencia por recobrar su carácter, sobre todo desde que los franceses se hallaban á las puertas de Génova. En su consecuencia, el gran duque había entablado una negociación que acababa de terminarse por un tratado de muy fácil conclusión. Se habían restablecido entre ambos Estados la buena armonía y la amistad, y el gran duque devolvía á la república los trigos arrebatados en sus puertos á los franceses en el momento de la declaración de guerra. Aun antes de las negociaciones había hecho voluntariamente esta restitución. El 21 pluvioso (9 de febrero) se concluyó el tratado tan ventajoso á Francia para el comercio del Mediodía, y especialmente para el de los granos.

Venecia, que había dispuesto se retirase su representante en Francia, anunció que iba á nombrar otro, dándole orden de marchar á París; y por último, hasta el papa sentía por su parte los ultrajes hechos á los franceses.

La corte de Nápoles, seducida por las pasiones de una reina insensata y las intrigas de Inglaterra, estaba muy distante de pensar en negociaciones y hacía ridículas promesas de auxilios á la liga.

España tenía gran necesidad de paz, y parecía esperar á que nuevas pérdidas la obligasen á firmarla.

Otra negociación, no menos interesante, acaso por el efecto moral que debía producir, era la que se había entablado en Nantes con las provincias insurgentes. Ya hemos visto que los jefes de la Vendée, divididos entre sí, abandonados casi de sus paisanos, seguidos apenas de algunos guerrilleros resueltos, estrechados en todas partes por los generales republicanos, y reducidos á elegir entre una amnistía ó un aniquilamiento completo, se habían inclinado á tratar de paz.

Hemos visto también que Charette había aceptado una entrevista cerca de Nantes; que el pretendido barón de Cormatin, mayor general de Puisaye, se había presentado en calidad de mediador de la Bretaña; que viajaba con Humbert, fluctuando entre el deseo de engañar á los republicanos, convenirse con Charette y seducir á Canclaux y la ambición de pacificar aquellos célebres países. La reunión se efectuaría en Nantes, y las entrevistas debían empezar en el castillo de la Jaunaye, á una legua de esta ciudad, el 24 pluvioso (12 de febrero).

Apenas llegó Cormatin á Nantes, cuando quiso poner en manos de Canclaux la carta de Puisaye; pero este hombre que pretendía engañar á los republicanos, no supo siquiera evitar que se trasluciese tan peligroso documento. Hízose, pues, público, y entonces se vió obligado á declarar que la carta era supuesta, que no era él quien la llevaba y que venía para tratar de la paz sinceramente. Con esto se vió más comprometido que nunca y hubo de renunciar al papel de hábil diplomático cuya intención fuese engañar á los republicanos, dar el santo á Charette y seducir á Canclaux, quedando reducido al de simple pacificador. Vió á Charette, y le halló inclinado por su posición á tratar momentáneamente con el enemigo, desde cuyo momento no vaciló ya Cormatin en trabajar para la paz. Se convino en que fuese ésta fingida, y que mientras aguardaban la ejecución de las promesas de la Inglaterra afectarían someterse á la república. Pensaron en obtener por entonces las mejores condiciones posibles; y así, apenas se abrieron las conferencias, Cormatin y Charette remitieron una nota en que pedían la libertad de cultos, pensiones vitalicias para todos los eclesiásticos de la Vendée, la exención del servicio militar y de impuestos por diez años para reparar los males de la guerra, indemnización de todas las pérdidas, el pago de las obligaciones contratadas por los jefes para el socorro de los ejércitos, el restablecimiento de las antiguas divisiones territoriales del país y de sus administraciones, la formación de guardias territoriales á las órdenes de los actuales generales, la separación de todos los ejércitos republicanos, la exclusión de todos los habitantes de la Vendée que habían salido del país en concepto de patriotas y cuyos bienes habían secuestrado los realistas, y finalmente, una amnistía común á los emigrados y vendeanos. Semejantes exigencias eran absurdas y no podían admitirse. Los representantes accedieron á la libertad de cultos, á las indemnizaciones en favor de aquellos cuyas casas habían quedado soladas, la exención del servicio para los jóvenes de la actual quinta con el objeto de poblar el país, la formación de guardias territoriales á las órdenes de las administraciones en número de solos dos mil hombres, y el pago de los libramientos firmados por los generales hasta la cantidad de dos millones; pero se negaron al restablecimiento de las antiguas divisiones territoriales y administraciones, á la exención del impuesto por diez años, á la separación de los ejércitos republicanos y á la amnistía en favor de los emigrados, exigiendo que volviesen á la posesión de sus bienes los vendeanos patriotas. Estipularon además que todas estas concesiones se comprenderían no en un tratado, sino en acuerdos dados por los representantes en comisión, y que los generales vendeanos firmarían por

su parte una declaración por la que reconocerían á la república, prometiendo someterse á sus leyes. Señalóse, pues, una conferencia terminante para el 29 pluvioso (17 de febrero), porque la tregua expiraba el 30.

Antes de concluir la paz se pidió que asistiese Stofflet á estas conferencias. Lo deseaban muchos oficiales realistas, porque creían que no debía tratarse sin él, y también los representantes, porque hubieran querido comprender en una misma transacción á toda la Vendée. Stofflet se hallaba dirigido á la sazón por el ambicioso abate Vernier, que no estaba muy propenso á la paz, porque ésta le privaba de todo su influjo; por otra parte, Stofflet no quería desempeñar un papel secundario, y veía con enojo que esta negociación se había empezado y proseguido sin contar con él; accedió, no obstante, á asistir á las conferencias, y se presentó en la Jaunaye con una multitud de oficiales.

El alboroto que se suscitó fué muy grande, pues los secuaces de la paz y los afectos á la guerra estaban en extremo irritados unos contra otros. Los primeros asistían al lado de Charette, diciendo que los que querían que siguiese la guerra eran los mismos que no iban jamás á combatir; que el país estaba asolado y reducido al mayor apuro; que las potencias ni habían hecho ni probablemente harían nada en su favor, y se decían en secreto que por lo demás debía esperarse ganar tiempo por medio de una paz fingida, y que si la Inglaterra cumplía sus promesas estaban dispuestos á sublevarse.

Los partidarios de la guerra decían, por el contrario, que les ofrecían la paz sólo por desarmarlos, quebrantar en seguida todas las promesas é inmolarnos impunemente; que deponer las armas por un instante era enervar los ánimos é imposibilitar toda insurrección futura; que, pues la república negociaba, era prueba de que se veía en el último apuro; que bastaba esperar y manifestar todavía un poco de constancia para llegar al día en que se pudieran emprender grandes cosas con el auxilio de las potencias; que era acción indigna de caballeros franceses firmar un tratado con intención secreta de no llevarlo á cabo, y que por lo demás no había derecho para reconocer la república, porque era desentenderse de los derechos de los príncipes en cuyo favor habían peleado por tanto tiempo. Hubo varias conferencias muy animadas, en que por una y otra parte se mostró bastante irritación, y aun hubo ocasiones en que los partidarios de Charette amenazaron á los de Stofflet, faltando poco para que viniesen á las manos. No era Cormatin el menos entusiasta partidario de la paz; su facundia, su inquietud de cuerpo é imaginación y su carácter de representante del ejército de Bretaña llamaban la atención. Por desgracia le acompañaba un tal Solilhac, comisionado al efecto por la comisión central de la Bretaña, el cual admirado de ver á Cormatin representar un papel tan distinto del que le habían encargado, le advirtió que no cumplía sus instrucciones ni se le había enviado para tratar de paz. Cormatin se vió muy apurado; Stofflet y los partidarios de la guerra celebraron como un triunfo el saber que la Bretaña procuraba más bien prolongar la guerra y concertarse con la Vendée que someterse, y declararon que, pues la Bretaña estaba decidida á sostenerles, jamás depondrían las armas.

Ultimamente, el 17 de febrero por la mañana se re-

unió el consejo del ejército de Anjou en una sala particular del castillo de Jaunaye, para tomar una resolución definitiva. Los jefes de división de Stofflet sacaron las espadas, juraron *cortar la cabeza* al primero que hablase de paz y decidieron entre sí la guerra. Charette, Sapinaud y sus oficiales se decidieron por la paz en otra sala. A mediodía debían reunirse, bajo una tienda alzada en la llanura, con los representantes del pueblo. Stofflet, no atreviéndose á declararles cara á cara la resolución que había adoptado, les envió á decir que no aceptaba sus proposiciones. Los representantes dejaron á cierta distancia el destacamento que les acompañaba y pasaron á la tienda; lo mismo hizo Charette, dejando á sus vandeanos á la misma distancia y acudiendo á la cita con sus principales oficiales. Al mismo tiempo se vio á Stofflet montar á caballo con algunos obstinados, y salir á galope alzando el sombrero y gritando: *¡Viva el rey!* En la tienda en que conferenciaban Charette y Sapinaud nada había que tratar, pues de antemano se había aceptado el *ultimátum* de los representantes. Firmaron mutuamente las declaraciones pactadas, y Charette, Sapinaud, Cormatin y los otros oficiales su sumisión á las leyes de la república; los representantes dieron los acuerdos que comprendían las condiciones otorgadas á los jefes vandeanos, y por ambas partes se manifestó la mayor finura, advirtiéndose en todo presagios de una reconciliación sincera.

Como los representantes querían dar mucha importancia á la sumisión de Charette, le prepararon en Nantes un suntuoso recibimiento. Reinaba la mayor alegría en esta ciudad tan patriota, que se lisonjeaba de ver por fin el término de aquella horrorosa guerra civil, y celebraba que un hombre tan distinguido como Charette volviese al seno de la república y acaso consagrarse su espada á su servicio. El día designado para su entrada solemne se pusieron sobre las armas la guardia nacional y el ejército del Oeste, acudiendo llenos de regocijo y curiosidad todos los habitantes para ver y aplaudir al célebre caudillo. Le recibieron con los gritos de *¡Viva la república!* y *¡Viva Charette!* Llevaba el traje de general vandeano y la escarapela tricolor. Era desabrido, desconfiado, astuto é intrépido, cualidades todas que se hallaban expresadas en sus facciones y su figura. Una estatura mediana, los ojos pequeños y vivos, la nariz levantada á lo tártaro y la boca ancha, le daban un aire muy extraño y conveniente á su carácter. Cada uno al verle procuraba adivinar sus sentimientos. Los realistas creían hallar retratada en su semblante la turbación y el remordimiento. Los republicanos le encontraban alegre y enajenado casi con su triunfo. Debía estarlo, á pesar de la incertidumbre de su posición, porque sus enemigos le ofrecían la primera y más honrosa recompensa que había recibido aun por sus hazañas.

Apenas se firmó la paz, se trató de seducir á Stofflet, haciendo aceptar á los chuanes las condiciones otorgadas á Charette. Éste se manifestó sincero en sus intenciones, esparciendo proclamas por el país para que todo el mundo cumpliera con sus deberes. Los habitantes recibieron con sumo gozo la paz. Los hombres dedicados enteramente á la guerra se convirtieron en guardias territoriales, bajo las órdenes de Charette, para que custodiasen el país. Esta era la idea de Hoche, la cual se desfiguró para satisfacer á los jefes vandeanos, que abri-

gando á un mismo tiempo contrarios designios y desconfianzas, querían retener á su lado á los hombres aguerridos. Charette prometió su auxilio contra Stofflet, si éste, estrechado en la Vendée, se replegaba hacia el Marais.

Inmediatamente salió Canclaux en persecución de Stofflet, sin dejar más que un cuerpo de observación alrededor del país donde había estado mandando Charette, y se dirigió á Layón con la mayor parte de sus tropas. Stofflet, que quería atemorizar con un golpe ruidoso, hizo una tentativa contra Chalonne, mas fué vivamente rechazado y retrocedió hacia San Florentino. Declaró á Charette traidor á la causa realista, é hizo pronunciar contra él sentencia de muerte. Los representantes que sabían que semejante guerra debía concluirse, no sólo por medio de las armas, sino contentando á los ambiciosos y socorriendo á los menesterosos, empezaron á repartir dinero. El comité de salvación pública les cedió un crédito sobre sus fondos secretos, dando á varios oficiales de Stofflet sesenta mil francos en efectivo y trescientos sesenta y cinco mil en asignados. Su mayor general, Trotouin, recibió cien mil francos, la mitad en dinero y la mitad en asignados, y se separó de él, escribiendo una carta á los oficiales del Anjou para inclinarlos á la paz, dándoles las razones más á propósito para convencerlos.

Mientras que se empleaban estos medios en el ejército de Anjou, pasaron á Bretaña los representantes pacificadores de la Vendée para atraer á los chuanes á otra transacción semejante. Siguióles Cormatin, que se hallaba enteramente comprometido en el sistema de paz, y tenía presunción de entrar en Rennes con el aire de triunfo que Charette en Nantes. Los chuanes, á pesar de la fregua, cometieron muchos desafueros, pues como eran la mayor parte bandidos, sin amor á ninguna causa y cuidándose muy poco de las miras políticas que tenían sus jefes para firmar una suspensión de armas, nada les importaba dejar de observarla, y sólo pensaban en sus raterías. Viendo algunos representantes la conducta de los bretones, empezaban á desconfiar de ellos, persuadidos de que debía renunciarse á la paz. El más decidido por esta opinión era Boursault, pero el representante Bollet, pacificador celoso, creía por el contrario que, á pesar de aquellos actos hostiles, era posible un acomodamiento, debiendo sólo usarse de dulzura.

Hoche, pasando de cantón en cantón, á distancia de ochenta leguas, sin reposar nunca un instante, colocado entre los representantes que querían la guerra y los que anhelaban la paz, entre los jacobinos de las ciudades que le apellidaban débil y traidor y los realistas que le acusaban de barbarie, Hoche se hallaba lleno de disgustos, mas no por eso se entibiaba su celo. «Me deseáis otra campaña de los Vosgos, escribía á un amigo suyo; mas ¿cómo queréis hacer semejante cosa contra los chuanes y casi sin ejército?» Este joven capitán veía consumirse sus talentos en una guerra ingrata, mientras otros generales, inferiores á él, se inmortalizaban en Holanda y en el Rhin al frente de los mejores ejércitos republicanos. Continuaba, sin embargo, su empeño con ardor y con profundo conocimiento de los hombres y de su situación. Ya hemos visto que dió los más prudentes consejos; por ejemplo, el de indemnizar á los

rebeldes que habían dejado las armas y alistar á los que eran soldados por la costumbre de la guerra. Su conocimiento del país le hizo dar con los verdaderos medios de apaciguar á los habitantes y atraerlos á la república.

«Es preciso, decía, seguir tratando con los jefes chuanes; su buena fe es cosa dudosa; pero debemos tenerla con ellos, pues así inspiraremos confianza á los que quieren verse seguros. Debemos ganar con grados á los ambiciosos y con dinero á los necesitados, porque así entrará la división en ellos, y se podrá fiar la policía á los que inspiren confianza, dándoles las guardias territoriales, en cuya institución se ha consentido.

»Por lo demás deberán distribuirse veinticinco mil hombres que recorran el país en varios campamentos; colocar alrededor de las costas algunas lanchas cañoneras, que están en continuo movimiento, y transportar los arsenales, armas y municiones de los puertos abiertos á los fuertes y plazas defendidas. Respecto á los habitantes, deberemos servirnos de los sacerdotes para ganarlos y suministrar á los indigentes algún socorro, pues si por medio de los eclesiásticos se logra inspirarles confianza, se acabarán al punto los chuanes.—Esparcid, escribía á sus oficiales generales en 27 ventoso, esparcid la saludable ley que acaba de dar la Convención sobre la libertad de los cultos; predicad vosotros mismos la tolerancia religiosa. Los sacerdotes, convencidos de que no se les impedirá más el ejercicio de su ministerio, se harán amigos vuestros, aunque no sea sino por estar tranquilos. Su carácter los inclina á la paz; visitadles, decidles que la continuación de la guerra les expondrá á ser perseguidos, no por los republicanos, que respetan las opiniones religiosas, sino por los chuanes, que no tienen ni Dios ni ley y que quieren mandar y saquear incesantemente. Hay algunos de ellos pobres y en general son muy interesados; no dejéis de ofrecerles algún socorro, pero sin ostentación y con toda la delicadeza de que sois capaces. Sabréis por ellos todas las maniobras de su partido y conseguiréis que retengan á sus paisanos en sus campos, no permitiéndoles que vayan á batirse. Bien conocéis que para lograr este fin hay que valerse de dulzura, de amabilidad y de franqueza. Haced que varios oficiales y soldados asistan respetuosamente á algunas de sus ceremonias, teniendo cuidado de no turbarlas nunca. La patria espera de vosotros los mayores sacrificios, y todos los medios de servirle son buenos si no se oponen á las leyes, al honor y á la dignidad republicana.»

A estos consejos añadía Hoche el de no tomar nada en el país para el sustento del ejército, á lo menos en algún tiempo. En cuanto á los proyectos de los ingleses, quería, para evitarlos, apoderarse de Jersey y Guernesey y establecer una chuanería en Inglaterra para ocuparles en su misma casa. También pensaba en la Irlanda; pero escribía que se explicaría verbalmente con el comité de salvación pública.

No tardaron en verse los buenos efectos de aquellas disposiciones tan juiciosas, las cuales se ejecutaron en muchas partes con bastante sagacidad, y así la Bretaña no tardó en verse dividida, con sólo haber sido bien recibidos, acariciados y pagados todos los chuanes que se presentaron en Rennes decididos á dejar las armas. Los otros, más tenaces, contando con Stofflet y Puisaye, querían seguir haciendo la guerra. Cormatin continua-

ba corriendo de unos á otros para convencerlos é inclinarlos á que negociasen. A pesar del celo que este aventurero mostraba en pacificar el país, Hoche, penetrando su carácter y vanidad, desconfiaba de él y dudaba de que no faltase á su palabra con los republicanos como con los realistas, y le observaba atentamente para asegurarse de si trabajaba con sinceridad y sin ulteriores miras en la intentada reconciliación.

Intrigas inesperadas se combinaron con todas estas circunstancias para producir la pacificación que tanto anhelaban los republicanos. Hemos dejado antes á Puisaye en Londres, procurando que el gabinete inglés secundase sus proyectos, y á los tres príncipes franceses en el continente, uno aguardando en Arnheim á desempeñar un papel, el otro batiéndose en el Rhin, y el tercero, en concepto de regente, comunicándose desde Verona con todos los gabinetes, y sosteniendo en París una agencia secreta. Puisaye manejó sus proyectos como hombre activo y perspicaz, y sin valerse del conducto del anciano duque de Harcourt, inútil embajador del regente en Londres, se dirigió directamente á los ministros ingleses. Pitt, que por lo común no dejaba verse de los emigrados que bullían por las calles de Londres, acosándole con proyectos y peticiones de auxilio, recibió inmediatamente al organizador de la Bretaña, y le relacionó con el ministro de la guerra Windham, que era un decidido amigo de la monarquía y quería sostenerla ó restablecerla en todas partes. Examinados detenidamente los proyectos de Puisaye, merecieron entera aprobación, y la Inglaterra prometió un ejército, una escuadra, dinero, armas é inmensas municiones para bajar á las costas de Francia; pero se exigió de Puisaye secreto respecto á sus compatriotas, y en especial al duque de Harcourt, enviado del regente. Puisaye quería también hacerlo todo por sí solo, y nada pudieron averiguar de él el duque de Harcourt ni los demás agentes de los príncipes en Londres, y mucho menos los de París que estaban en relaciones con el mismo secretario del duque de Harcourt. Lo que únicamente hizo Puisaye fué escribir al conde de Artois pidiéndole poderes extraordinarios, é invitándole para que fuese á ponerse al frente de la expedición. El príncipe remitió los poderes y prometió ir á mandarla en persona; pero en breve se sospechó de los intentos de Puisaye, á pesar de su cuidado en ocultarlos.

Todos los emigrados, desatendidos por Pitt y Puisaye, dijeron á una que éste era un intrigante vendido al pérfido Pitt, y meditando proyectos sospechosos, cuya opinión, emitida primero en Londres, halló en breve cabida en los consejeros del regente, residentes en Verona. Desde los acontecimientos de Tolón, desconfiaban mucho de Inglaterra en esta pequeña corte, alarmándose especialmente desde que aquella quería servirse de uno de los príncipes, y no cesaban de preguntar con una especie de ansiedad qué quería hacer del conde de Artois, por qué no figuraba en sus proyectos el nombre de Monsieur y si creía que podía pasarse sin él, etc. Los agentes de París, comisionados por el regente y que participaban de sus ideas respecto á Inglaterra, no habiendo podido lograr comunicación alguna de Puisaye, repetían los mismos juicios acerca de la empresa que en Londres se preparaba. Otro motivo más poderoso aún les obligaba á desaprobala. El regente pensaba reu-